



Yo acuso

Chelo García-Cortés

*A ti que eres “el aire que respiro” desde hace doce años.
Gracias por seguir a mi lado.*

A Sofía, “mi niña”.

Gracias a Jesús y a Maite, mis amigos y consejeros.

Y a ti Isabel por ser como eres.

Gracias por estar.

Preámbulo

Yo acuso y me acuso, la primera, de todo lo que voy a contar. Yo acuso a los que vivimos de contar lo que pasa porque, a veces, nos pasamos. Yo acuso de que nos dejamos llevar por la fuerza de un titular sin colocarnos en la piel de quien es objeto de nuestras informaciones u opiniones. No reparamos en lo mal que lo puede llegar a pasar quien es objeto de un comentario que puede derribar su vida en cuatro frases.

Yo acuso a quienes sentados en el sofá del salón piden más sangre. Yo acuso a quienes maltratan y se defienden en un plató cobrando por mentir. Yo acuso a quienes les pagan. Yo acuso a quienes les entrevistamos, por no abandonar ese plató. Yo acuso a quienes se inventan que han sido maltratadas, difuminando el terrible dolor de cuantas otras sufren de verdad semejante situación. Yo acuso de que cobren por inventarse algo así. Yo acuso de que les paguen por ello.

Yo me acuso por no rebelarme cada vez que algo así ocurre y por no hacer huelga de preguntas. Sólo puedo esgrimir en mi defensa y en la defensa de quienes, como yo, nos tenemos que ver frente a estas circunstancias que, cada vez más, dejamos patente ante la audiencia que no compartimos lo que algunos personajes cuentan. También, cada vez más, procuramos dejarles con la mentira al descubierto.

Pero no todos los profesionales cuentan con la libertad con la que contamos en el programa en el que yo trabajo cada viernes. Nosotros no llevamos “pinganillo” ni recibimos órdenes para dar “caña”. Sé de muchos otros platós donde se utiliza al invitado como diana de disparos, donde cada ascenso en el grado de agresividad se traduce en un punto más de audiencia y, por eso, las órdenes de “leña al mono” se suceden entre pregunta y pregunta. Esta profesión no es mejor ni peor que otras, pero es cierto que puede hundir o ensalzar a un popular, según se enfoque el contenido de las preguntas.

Yo acuso a algunos representantes de la Justicia de conseguir con algunos fallos que el hombre de la calle dude profundamente de la objetividad de la ley, cuando quien demanda es un famoso y quien está en el banquillo es un periodista.

Nosotros, los periodistas, somos los intermediarios entre la curiosidad de la calle y los secretos que guarda el famoso. Nosotros tenemos que poner los límites a esa curiosidad, no sólo por la ley del Derecho al Honor y la Intimidad, sino por la propia dignidad personal y profesional. Hay personajes que utilizan ese honor y esa intimidad como moneda de cambio. Es cierto. Venden trozos de su alma por los que hacen caja y cuando les descubren en renuncio aquellos periodistas que no han firmado contrato, entonces utilizan el otro recurso para seguir haciendo caja, la demanda, y los jueces caen en la trampa de la presión mediática de un segmento de prensa que se autodenomina “seria” y que ante la incapacidad de llegar a los lectores o espectadores como lle-

ga el segmento del corazón, clama para que haya mano dura con “la canallesca”. Entonces, la Justicia falla, en el doble sentido de la palabra, y les llena los bolsillos a quienes viven de eso.

Confieso que nunca creí que me iba a dejar convencer para relatar hechos y confesar pensamientos, pero una tarde recibí la llamada de uno de los profesionales del periodismo que más admiro y a quien considero como si fuera mi hermano, a nivel personal. Él me expuso su idea de lanzar, junto al editor Juan Ignacio Alonso, una colección de libros que se iniciaría con mi propia experiencia sobre lo que los lectores y telespectadores no conocen de quienes cada semana o cada día entramos en los salones de sus casas a través de la pequeña pantalla. Fui reticente a la idea, porque, a pesar de lo que pueda aparentar delante de las cámaras, soy de natural muy tímida. Pero luego reflexioné sobre lo que me expuso. Efectivamente, es una ocasión para que quienes nos leen en la prensa o nos ven en televisión tengan todos los datos a la hora de emitir una opinión. Es cierto que nos equivocamos, que cometemos errores. Pero no somos nosotros solos. Ésta es una historia más complicada.

Mis compañeros de profesión y yo misma nos dejamos la piel por tratar de hacer llegar la verdad de una información. Pero, en ocasiones, el propio personaje nos engaña a la hora de confirmar esa información, bien porque la tenga vendida a otro medio o bien para desviar la atención. Luego están las empresas editoras de prensa o los canales televisivos que tienen sus propios intereses económicos o publicitarios y que pueden poner barreras para que esa información no salga o

para que salga con un enfoque que no es el real. Y en medio de toda esa marabunta estamos los “curritos” de la información, los que terminamos en el banquillo de los juzgados o señalados por otros compañeros como culpables de querer contar un hecho que ellos mismos acaban convirtiendo en euros con una columna muy “seria”, en la que se coloca al menos tres o cuatro veces la palabra “basura”.

Quien me llamó para escribir este libro, me conoce muy bien. Fue mi director en *Diez Minutos*, mi subdirector en *Lecturas* y de nuevo mi director en *Sorpresa!*. Siempre contó conmigo en los años en que las tres revistas fueron puntales informativos en el segmento del corazón. Sólo acepté escribir el libro con una condición: que fuera el propio Jesús Locampos quien me ayudara en la ejecución del mismo, ya que sin él yo no hubiera sido capaz de realizarlo.

Comencé en la radio, en la que sigo colaborando, pasé a la prensa escrita en la que sigo, ahora en *Hola*, donde aún se sigue haciendo la prensa del corazón genuinamente española y me descubrieron para la televisión un día en que me llamaron para colaborar en “Sabor a ti”, cuando yo tenía pánico escénico de sentarme junto a Ana Rosa Quintana. Lo que pasó luego lo conocen ustedes perfectamente.

Soy la víctima de puyas de algunos compañeros porque defiendo un periodismo sin ribetes de amarillismo. No me gusta hacer sangre de los personajes. Creo que los famosos son seres humanos, algo que podría resultar muy obvio, y que sin embargo en algunos medios informativos parece negativo. Me niego a hacer daño gratis a una persona por el simple hecho de que sea popular. Quiero seguir informando

sin que nadie me marque directrices para apuñalar o asesinar, metafóricamente, a alguien para ofrecerlo a ese nuevo “dios” que se llama audiencia. Cuando dije sí a este reto de contar mi experiencia vital y profesional, una de las razones fue el poder expresar una frase contenida y que reitero mucho últimamente: «¡Hasta dónde hemos llegado!».

Tengo la edad justa para permitirme decir muy claro lo que pienso. No me importa que haya un sector de compañeros que me abucheen. Me parece que el respeto y la verdad están por encima de un titular cargado de morbo que puede provocar dolor en un ser vivo. A estas alturas de mi calendario no me va a dar lecciones de periodismo nadie. Yo sé lo que es el periodismo político, por eso elegí dedicarme a la prensa del corazón, aquí había más libertad para escribir que allí. Ahora corren tiempos de tormentas. Todo vale por el *share*. La televisión, alguna televisión, ha roto todas las barreras y ha convertido lo que antes era la prensa del corazón en un periodismo de bofetadas. La audiencia se apuntó en un principio al espectáculo de la sangre por la novedad. Los ritmos estridentes de las imágenes de un famoso “pillado” a las puertas de un local de alterne ofrecían una ración de morbo con la que acostarse, disfrutando de haber sido testigos de que los más populares de este país tuvieran su lado miserable. Y poco a poco se aumentó la dosis. Ya no servían los reportajes de una pareja nueva descubierta con infrarrojos dándose el “boca a boca” contra el capó del coche aparcado en una calle oscura. La cámara se colocaba a la altura de la moqueta de la discoteca de lujo para captar si la famosa llevaba ropa interior o no. Si no había noticia se ha

llegado a montar el reportaje. Presuntos periodistas haciéndose pasar por otra cosa han negociado, con cámara oculta y grabándolo todo, cómo comprar un título de belleza. Otros han inventado una noticia falsa. Recuerden aquel falso novio de Paulina Rubio para ver si picábamos la “canallesca” del corazón y luego hacer un especial para tratar de cargarse ese segmento que tanto dolor de cabeza les daba a los que no conseguían levantar un dedo de su propia incapacidad profesional.

Pero para hundir en gran parte a la prensa del corazón no hacían falta tantas estrategias. Simplemente el hecho de que la hayan comprado algunas empresas que se han apropiado de parte de ella, y con unos responsables editoriales con una falta tan absoluta de conocimientos, es suficiente para hacer tambalear, en un periodo récord de tres años, el segmento más importante de prensa escrita en este país. Enhorabuena a los torpes porque a ellos se debe el éxito del fracaso. Unos, los empresarios, por venderlo a quiénes se lo vendieron y otros por comprar algo que a día de hoy no saben qué hacer con ello. Terrible, pero cierto. Pero con sus resúmenes anuales económicos se lo coman.

Les puedo asegurar que se me han removido las vísceras arrancándome recuerdos que tenía cauterizados por el olvido, como forma de supervivencia para evitar el sufrimiento. Me da pudor y pánico el que ustedes conozcan algunos secretos que nunca he enseñado y que han permanecido detrás del maquillaje. «Confieso que he vivido», como escribió Pablo Neruda, y que lo he hecho mucho más allá de donde quizá ustedes hubieran podido suponer. Se cumplen ahora

treinta y tres años desde la primera vez que decidí vivir de contar historias. Tengo la catadura moral suficiente para acusar por igual a quiénes se dicen compañeros míos y hacen periodismo basura, como a quiénes no son compañeros míos, aunque se digan periodistas y coman de la basura. Acuso a quiénes nos utilizan para sus intereses y a quiénes nos juzgan sin conocernos. Pero acuso, sobre todo, a los que esbozan una sonrisa de autosuficiencia cuando hablan de los periodistas del corazón, adjetivándonos desde la gran altura profesional de sus dependencias de amiguismos, partidismos y nóminas agradecidas.

Lo siento por todos aquellos a los que este libro les haga sentir incómodos, pero estoy segura que de se les pasará el disgusto con el siguiente premio de periodismo que reciban y que se van dando unos a otros, ya que a falta de interés en lo que comunican, cuentan con otros intereses por los que les pagan y les premian. No son todos, ya lo sé, pero comienzan a ser muchos. A nosotros sólo nos queda limpiar de este segmento informativo a quienes lo ensucian.

1

¿Por qué no matamos a Isabel Pantoja?

Sí, sí. Como lo están leyendo. ¿Se imaginan el titular? Buenísimo. ¿Y lo que venderíamos? ¿Y la audiencia que conseguiríamos?

Total, el camino ya está abonado. A ver, hagamos un resumen rápido de cómo hemos llegado a este punto. Al principio fue elevar al estrellato mediático a aquel tipo que pegó cuatro voces en un plató y terminó de un bocinazo con la historia de la televisión en este país tal y como estaba pensada hasta ese momento. Ahí empezó todo. ¿Por qué? Porque la productora que le tenía contratado contempló, al día siguiente del escándalo que se montó con los gritos del “polemista”, que la audiencia del programa nocturno se había disparado. Uno de los socios de la productora hizo una reflexión primaria: «A más gritos, más audiencia». Dejaron pasar una noche sin la presencia del “polemista” y la audiencia se acostó a los veinte minutos. Repitieron la jugada y cuando la estrella volvió a gritar, se elevó de nuevo la audiencia. El estudio de campo estaba completado. Por ahí iban los tiros.

El invitado cambió de trajes y de coche en un mes. Y en este mismo periodo de tiempo aparecieron otros dos após-

toles que querían seguir los pasos del “polemista”, ante la evidencia de que era él quien se llevaba el gato al agua de entre todos los “tertulianos”. Los productores vieron con buenos ojos que en vez de gritar sólo ése, fueran más quienes gritasen al mismo tiempo porque, aunque se perdía claridad en los argumentos, se ganaba en intensidad dramática. Pero lo importante al final era que la audiencia seguía aumentando.

Los desayunos del país comenzaban con la pregunta más repetida: «¿Viste el follón que se montó anoche? ». Y como todos lo habían visto, el tema de conversación estaba garantizado cada mañana al mojar el primer churro. Eso duró toda una temporada. Pero en la nueva etapa, una noche después de algunas previas en las que las cifras habían permanecido estables, los datos comenzaron a dibujar una raya que se dirigía hacia el suelo.

Pero, ¡oh, milagro!, la solución llegó por casualidad, como cuando apareció el primer grito. En mitad del programa los tres protagonistas de los gritos, enfervorizados por conseguir aumentar su caché a base de garganta llegaron al clímax de las voces y, de repente, a uno se le escapó un insulto dirigido a quien más chillaba. Y de nuevo la audiencia agradeció asistir como testigo a un acto novedoso: “los tertulianos” ya no sólo se gritaban, ahora se insultaban. Buenísimo. Las cifras se dispararon de nuevo y otra vez el dibujito de los millones era una línea que enfocaba al techo.

Pero el tiempo, programa a programa, fue debilitando el nivel de los insultos, que aunque eran grotescos, desagradables y cada vez más fuertes, se recibían en los dormitorios y

salones del país como algo ya repetido. No aportaba ninguna novedad. Había que devanarse los sesos. Algo tendría que aparecer para salvar esta carrera sin freno hacia el escándalo diario, para colmar el deseo de todas esas almas que no podían despedir el día sin algo impactante que llevarse a los sueños. Los desayunos comenzaban a ser aburridos y el contenido de las charlas volvía a derivar hacia el fútbol y las mujeres. En todas sus modalidades, a saber: liga, champions... y culos, pechos...

Entonces, uno de los invitados de aquel programa dijo una barbaridad. Quizá tomando prestado el guión de un chiste del llorado Gila, cuando contaba cómo conseguir que se sintiera culpable un asesino a base de pasar a su lado y decir en voz alta mirando para otro lado: «alguien ha matado a alguien... », este iluminado “tertuliano” dejó caer que él sabía de muy buena tinta quién se estaba acostando con quién. Hubo parejas entonces que estaban haciendo el amor a la luz de la pantalla del televisor y sufrieron un *coitus interruptus* ante el interés que el asunto estaba tomando. Con los datos de la audiencia en la mano, otro de los socios de aquella productora dijo: «Las barbaridades sí que dan audiencia». Y comenzó otra era nueva para la televisión.

A poco que echen la vista atrás recordarán conmigo las barbaridades que surgieron a partir de entonces. Una duquesa casada se acostaba con un conde separado, que era novio de otra. Un conocido cantante era “trucha”, término con el que querían definir homosexual y le empujaban a salir del armario entre todos los invitados al programa, estuviera el cantante dentro o no. Un príncipe europeo se lo ha-

bía hecho con un amigo de uno que posaba para la cámara en mitad de un jardín, con los ojos tapados y la voz distorsionada. Y todos lo que ustedes quieran recordar. Entonces, ante el éxito de la nueva fórmula, se reprodujeron los programas dedicados a la cosa. Unos se especializaron en el apartado gritos, otro en el formato insultos y casi todos se apuntaron al contenido de barbaridades.

Lo que les estoy contando no hace tanto que comenzó a ocurrir. La fórmula sigue intacta. Lo peor es que comienza a decaer porque se han dicho todas las barbaridades posibles y la imaginación de los que quieren vender basura ya no sorprende lo suficiente a los que la compran. Han surgido subproductos de éxito rápido, pero que han tenido una vida muy corta. Hubo un momento en el que las chicas que habían tenido seis minutos de gloria ante las cámaras, necesitaban ponerse bajo los focos de nuevo y sólo encontraron salida a su adicción cambiándose el cuerpo. ¡Cuánta silicona se paseó por las televisiones! Algunas llevaban las bolsas en la mano con la réplica exacta de lo que les habían colocado en cada pecho. Unas vendían la nariz y el pómulos, otras competían por el gramaje de los implantes mamarios y hubo quien apareció completamente vendada desde la cama donde depositaron su cuerpo tras la operación.

Pero el respetable es muy caprichoso y tras un periodo en el que demostró curiosidad por ver cómo se despiezaban todas, comenzó a bostezar ante tantas tiritas, moratones y recauchutados. El espectáculo debía continuar. Y se abrió el telón de nuevo y comenzaron a desfilarse de una en una todas las que habían compartido un orgasmo con un torero, un

cantante, un presentador de televisión... Todos los famosos varones se echaron a temblar. El televisor del hogar de cualquier famoso casado se convirtió en un arma potencial de destrucción matrimonial.

El “lexatín” se pasaba de mano en mano antes de comenzar alguno de esos programas, y casos hubo en los que los *sms* cruzaban el país de costa a costa y en los que los famosos nos preguntaban a los periodistas si sabíamos si les habían pillado. En la palabra “pillado” se encerraba cualquier encuentro con una criatura con minifalda con la que hubieran terminado en la habitación del hotel después de hacer algún bolo. Fue una época dura. Jesulín, sin duda, fue el primer blanco de todas las “bragas locas” que se apuntaron a relatar, incluso con todo detalle, cómo eran y cuáles eran las proporciones de los atributos del Janeiro. Pero no todos los demás varones famosos supieron torear tan bien como Jesulín aquel “tsunami” de chicas que abrían la boca y se cargaban los libros de familia de dos en dos.

Como todo en la vida, tanta tormenta en la misma dirección acabó por hacer víctimas a quienes quizá sí eran culpables. Ojo, culpables en el sentido bíblico del conocimiento carnal fuera del tiesto. O sea, la propia. Que yo en asuntos de intimidades no me meto y allá con lo que cada cual haga con su cuerpo.

La televisión, que se alimenta de todas las sobras y todo lo recicla, encontró un filón en todas las “asalta camas” que habían contado sus encuentros en la tercera fase con los famosos y algunas consiguieron colocarse en una silla de un plató. Otras, después de tres o cuatro intervenciones, tuvie-

ron que volver a recorrer colchones para documentarse bien, a la espera de que cayera otro mirlo blanco y recuperar la gloria contando una nueva aventura. Algunas todavía están en ello pero, claro, los gatos escaldados del agua fría huyen, y cuando los famosas se las cruzan y las reconocen como “cuenta-orgasmos”, cierran la bragueta a la velocidad del rayo y se encierran en la cama matrimonial dándose golpes de pecho y agradeciendo al primer santo que encuentren en su memoria el haber evitado la tentación y, por ende, el peligro de ser el siguiente en la lista de señalados por infiel.

En el fondo, esas criaturas hicieron mucho bien por el sagrado vínculo del matrimonio de bastantes famosos. Conozco yo un torero que todavía llama de vez en cuando para preguntar si sé algo de lo suyo. Lo suyo es que no salga, por dios por la patria y el rey, nada de lo suyo con una otra que no es la suya. Ya me entienden. Éste, que era de los que cada tarde hacía una visita al pecado, no ha vuelto a pecar porque como la propia se entere le funde el patrimonio y va a tener que matar los toros a tiros para recuperar el bienestar económico.

Pero, finalizada la fiebre de las que relataban sus conocimientos de famosos de cintura para abajo, llegó una nueva plaga. Las separadas de famosos. No sé por qué, y si ustedes lo saben, me lo dicen. Al principio, siempre eran mujeres de famosos y no al contrario. De repente se llenaron todos los platós de “ex” de famosos que contaban lo desgraciadas que habían sido con ellos. Y lloramos con ellas y las defendimos porque alguna decía la verdad. Pero luego, pasado el tiempo

—no mucho tiempo—, las veíamos desnudas en algunas portadas y empezamos a sentirnos mal. Engañados. Y un periodista engañado es como una bomba cargada y dispuesta. Puede explotar. Y ocurrió que tras un periodo de “ex” poniendo a parir al famoso siguió un periodo de periodistas poniendo a parir a esas “ex”. No les voy a recordar ningún nombre porque los tienen muy recientes.

Después de tanta tormenta, las televisiones se quedaron en blanco. ¿Y ahora qué? A los famosos se les había escarabado en todas sus posibilidades. Les habíamos sacado del armario, les devolvíamos al armario una vez utilizados, les destapamos romances y engaños, les desnudamos, colocamos ante todos los espectadores sus cuentas corrientes, sus posibles económicos. Faltaba algo. ¡Claro! Entonces abrimos las puertas del escaparate a los mayordomos, chicas de servicio, asistentes personales y todas aquellas personas que habían trabajado para ellos. Una nueva pléyade asomaba a la pequeña pantalla. Los que contaban las miserias de la cotidianeidad. Gracias a ellos nos enteramos de cómo se quitaban los granos esos famosos, los yogures que tomaban, lo fatal que les sentaban las copas, lo poco que pagaban a sus empleados, lo que contenían sus cajas fuertes, con quién se lo hacían, cuántos hijos secretos tenían. Sus miedos y sus bajezas.

Parecía que ya no podían existir más opciones. Pero sí. La televisión permitió el juego más terrible. Como una dramática partida de ping-pong, una semana se sentaba una mujer a contar cómo había sido maltratada por su ex marido y a la semana siguiente era éste el que se sentaba para asegurar que

era mentira todo lo que había contado su ex mujer. Un juego muy sucio donde los periodistas hemos sido víctimas de multitud de intentos de manipulación por las dos partes. Nos llegaban fotos con moratones, grabaciones de disputas matrimoniales, llamadas de amigos de una o amigos del otro.

Antes de comenzar una entrevista con alguna de las dos partes, hemos tenido que reflexionar mucho tiempo. Por un lado, y siempre previa denuncia ante un juzgado, se podría pensar que el hecho de hacer público un episodio de maltrato podría servir como preventivo para una sociedad ya adormecida ante algunas historias, pero por otro comenzaron a surgir las dudas de hasta qué punto se podía dar opción a que cualquiera pudiera tachar de maltratador a quien quizá no lo fuera y que podría quedar marcado de por vida. Nos ha tocado desenmascarar a algunas que buscaban el dinero en vez de la justicia y a otros que, además de ser maltratadores, cobraban por decir que no lo habían sido. Hemos cumplido los periodistas, en ese asunto, una labor social que no nos corresponde.

En este repaso de la historia de la televisión en los últimos diez años, aproximadamente, hemos visto con estupor como todos los que estamos en este negocio de la comunicación, que algunos denominan del entretenimiento, hemos formado parte, unos más conscientemente que otros, en el juego del calentamiento global del esperpento.

Recuerden ahora el título de este capítulo. ¿Seguro que les parece una exageración? ¿No podría ser posible que llegara ese día en el que un cerebro de un canal de televisión

haga esa pregunta en voz alta? Ya me imagino que mientras leen ponen un gesto de incredulidad. Permítanme que les cuente algo.

La noche del 2 de mayo de 2007, pasadas las once, la policía llamó a la puerta de una casa. Abrió la chica de servicio. Preguntaron por la señora y la chica, con el lógico nerviosismo que todos podemos entender ante una situación así, entró en el salón donde dicha señora estaba acurrucada con su hija pequeña viendo la tele.

Cuando la chica le anunció que la policía preguntaba por ella, la señora se puso a gritar histérica: «Dios mío, mi hijo, mi hijo... ¿Qué le ha pasado a mi hijo?».

Su hijo mayor hacía dos horas que había salido de casa porque había quedado para cenar con unos amigos. Su madre pensó inmediatamente que la policía venía a darle una mala noticia. Un accidente, quizás. Llegó a la entrada y al ver a los policías se quedó helada. Eran las mismas caras, los mismos agentes que unos meses antes habían ido a buscar al hombre con el que vivía y que desde que se lo llevaron permanecía en la cárcel. Fue acusado de delitos económicos por el caso Malaya.

La señora de la que estamos hablando se encontró rodeada por su madre, ya mayor, y su hija chica; y las dos preguntándole qué es lo que pasaba. La policía le dijo que se la llevaban ahora a ella, que el juez del mismo caso por el que se habían llevado a su pareja, quería tomarle declaración. Lo mismito que habían dicho a su pareja en su momento. Una situación repetida. En el interior del coche policial, camino de la comisaría se volvió loca pensando por qué le estaban

haciendo todo eso. Pensó si a todas las parejas de presuntos delincuentes de este país las sacaban de sus casas casi a media noche para llevarlas a declarar ante un juez por lo que hubieran hecho sus cónyuges. Pero no pudo pensar mucho más. En la comisaría le tomaron las huellas, una escena que había visto tantas veces en las películas. La colocaron frente a una cámara y le dispararon las fotos, de frente, de perfil... No podía ser, tenía que tratarse de una pesadilla. La bajaron a un calabozo. Le dieron tres pastillas para que pudiera dormir. Y el juez no la llamó a declarar hasta el día siguiente.

Cuando la dejaron en libertad, tras pasar esa noche encerrada, quedó marcada por una gran certeza. Ella nunca iba a aceptar que fuera cierto eso de que todos los seres humanos tenemos los mismos derechos. Hay derechos que desaparecen, que te los quitan. Y lo que es peor, nadie iba a hacerle creer más en aquello de que una persona es inocente mientras no se demuestre lo contrario. Con ella no había ocurrido así.

Tres meses después, el mismo juez declaraba que esa señora no tenía nada que ver con el caso Malaya.

No es una telenovela, es un hecho real. Es tal y como ocurrió la detención de Isabel Pantoja. ¿Cómo se trató en algunos medios de comunicación? Cada espectador pudo ser testigo de la cantidad de “jueces” que surgieron en todas las tertulias de todos los canales. Isabel Pantoja era culpable. Y punto. ¡Sangre, sangre, sangre! La arena del circo (el plató) espera que se abran las puertas de los callejones para que salgan los cristianos (los personajes) y a la orden del emperador (el realizador) salimos los leones (los periodistas) y los devoramos ante los aplausos de los romanos (la audiencia).

¿Por qué no matamos a Isabel Pantoja?

Es lo que nos queda. Ya hemos dicho de ella todo. Al principio lloramos con ella cuando murió su marido Francisco Rivera “Paquirri”, le colocamos el título de “viuda de España” y no nos gustó que no hablara, que no llorara en directo; la insultamos porque guardaba silencio y cuando habló le lanzamos piedras porque lo hizo en un solo medio y eso era una exclusiva. ¡Qué asco! Y luego la perseguimos y cuando descubrimos que era amiga de Encarna Sánchez llenamos este país de susurros y sonrisas abyectas. Nos “partimos la caja” cuando un dúo de humoristas hizo un *sketch* una Nochevieja, en el programa especial de todos los años, y jugaban a decir sin contar que pudiera ser que la cantante y la locutora fueran algo más que amigas. ¡Qué risa! ¿Verdad?... ¡Qué pena! Todo un país pendiente de la opción sexual de dos personas de las que se hace un *gag* que se emite en la noche de mayor audiencia del año y por el canal estatal. ¿Pero qué nos pasa?

Ahora imagínese usted misma que sale a tomar un café con un amigo o una amiga. Charlan, ríen, le cuenta un chiste al oído, se van de la cafetería y vuelven a su casa. Eso es todo. Bien, ahora imagínese la cara que se le pone si usted, pongamos que es mujer y que ha sido con una amiga con la que ha ido a tomar ese café, se arrima el miércoles al kiosco de la esquina y se ve en una portada con su amiga, con los nombres de ambas y debajo un titular a cuatro columnas que dice “PILLADAS”. Y, sobre un fondo rojo con letras blancas, esta pregunta: “¿Algo más que amigas?”.

Si se le ha quedado la cara como me imagino, cuidado, disimule, porque al darse la vuelta después del susto se va a

encontrar con veinte fotógrafos y seis cámaras de televisión que le están enfocando. Varias chicas jovencitas con un micrófono en la mano se lo harán llegar hasta pocos centímetros de su boca y le preguntarán qué opina de las fotos que se han publicado. Bien. «Dígame, ¿qué opina usted de esa portada en la que le han “pillado” con esa otra mujer... que según la información publicada podría ser algo más que amiga?». ¿A que es ridículo? Pues así comienzan algunas historias que se convierten en leyendas para el resto de la vida de aquellas personas a las que les colocan de protagonistas quieran ellas o no quieran. No sé si me van entendiendo. No se trata ni siquiera de que usted sea o no sea lo que un medio de comunicación publique, se trata de que usted tiene derecho a ser lo que es sin que nadie le obligue a tener que hacer público lo que usted es. Parece un galimatías, pero es muy sencillo.

¿Cuál es el problema? Pues que si un famoso es heterosexual, aquellas parejas con las que puede aparecer dan un “grado de morbo 6”, pero si un personaje puede parecer que es homosexual, nos vamos a un “morbazo” clasificado “10”. En este país y en este siglo. Pero es así. Si todos los seres humanos tenemos derechos... ¿por qué los famosos no tienen el derecho a no exponer su opción sexual al resto del mundo? ¿O no son seres humanos? Y si ellos quieren hacer pública su opción sexual: estupendo. Pero nadie debe obligar o empujar a nadie para hacer lo que no desea.

Ya les he contado cómo puede ocurrir que usted se convierta en portada o protagonista de un video en televisión en el que el titular le puede convertir en lo que no es, y ya se

puede usted desgañitar y dar ruedas de prensa negándolo que no se va a salvar de la hoguera de los golpes de codos y los murmullos mientras pasa por la acera. He querido ser dura, clara y directa para conseguir que todos nos pongamos por unos minutos en la piel de quienes no pueden abandonar esa piel. Si todos nosotros tuviéramos que vivir bajo los focos un solo día de nuestra existencia comprenderíamos mejor esas escenas, con cuyas repeticiones nos martillean, en las que un famoso pierde los nervios y se lía a dar gritos en cualquier aeropuerto de este país.

Pero no nos desviemos. Piénsenlo por un momento. ¿Se imaginan qué bombazo informativo? ¿No les entra la duda? Seguro que sacamos un pastón. Lo grabamos con el teléfono móvil y se lo vendemos a todo el mundo. ¿Por qué no matamos a la Pantoja? Total, a algunos ya sólo les falta hacer eso, porque todavía no se han quedado a gusto con lo que le va pasando. ¡Que Isabel me perdone!